

Dossiê

Archipiélagos, cuencas y acuíferos: el Caribe y la Amazonía en la obra de Ana Pizarro

Maria Florencia Donadi^{1,2} 

RESUMEN:

Este artículo se propone analizar el arco que une dos libros de Ana Pizarro: El archipiélago de fronteras externas (2002) y Amazonía: el río tiene voces (2009), enfocando en las categorías territoriales que la autora elabora: archipiélago, cuenca y, más amplia, la de área cultural. La hipótesis es que entre el archipiélago caribeño y la cuenca amazónica se visibilizan los entramados de un proyecto colonialista que oculta y espectraliza modos de vida disidentes o alternativos al orden europeo-occidental, proyecto tentacular de extracción de "recursos naturales" y esclavización de poblaciones, para los cuales la posibilidad de tránsitos (marítimos y fluviales) es crucial. Proponemos que el puente entre las categorías es la noción de acuífero. Finalmente, sugerimos que esas categorías territoriales permiten dar espacio a nuevos modos de vida y plurales mundos posibles, a través de las agencias del contagio y del trastocamiento, aproximándonos a algunos casos.

Palabras-clave: Ana Pizarro. Categorías territoriales. Extractivismo. Trastocamiento.

Silvio Renato Jorge
Editora-chefe dos
Estudos de Linguagem

Dra. Livia Reis
Dra. María Carolina Pizarro
Editores convidados

Recebido em: 08/07/2024
Aceito em: 31/07/2024

¹Universidad Nacional de Córdoba/CONICET. Córdoba, Argentina.

²Programa de Estudios Posdoctorales, Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF), Buenos Aires, Argentina.
E-mails: florenciaddonadi@gmail.com; florencia.donadi@unc.edu.ar.

Como citar:

DONADI, Maria Florencia. Archipiélagos, cuencas y acuíferos: el Caribe y la Amazonía en la obra de Ana Pizarro. *Gragoatá*, Niterói, v. 29, n. 65, e63614, set.-dez. 2024. Disponível em: <https://doi.org/10.22409/gragoata.v29i65.63614.es>

Latinoamericanismo(s): proyectos/proyecciones continentales

Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación (...) en que les tendría sin cesar (...) la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

José Martí – Congreso Internacional de Washington
Nueva York, 2 de noviembre de 1889.

En las palabras de Martí durante el Congreso Internacional de Washington, el denominado “Congreso Panamericano”, aparece la fuerte sospecha respecto de los intereses de la pujante y ambiciosa nación norteamericana y, además, una referencia tanto al istmo de Panamá como a algunas naciones que conforman el Caribe, como cuenca atlántica y como archipiélago.¹ Esa referencia habilitaría un juego posible entre latinoamericanismo y latinoamerican-*istmo*; es decir, partir del lugar crucial del istmo de Panamá: perforado y atravesado por un canal, obra de ingeniería humana sin igual y obra geopolítica sin parangón también, por donde se “derraman” o se filtran los recursos y materias primas producidos en la amplia territorialidad que denominamos América Latina. El canal de Panamá representa un *hito* en la extracción y la desposesión de Latinoamérica hacia el resto del mundo (Estados Unidos y algunas naciones europeas de tradición mercante).²

Ese juego lingüístico (latinoamericanismo y el latinoamerican-istmo) recoge un modo de lectura entre líneas y una mirada oblicua, que definirían, en gran medida, el nuevo proyecto crítico latinoamericanista (Patiño, 2006) congregado por Ana Pizarro, una de sus más importantes impulsoras. En sucesivos viajes y virajes, la crítica chilena inscribió su trayectoria vital, su obra programática e intelectual en esa matriz que, entre dictaduras (especialmente las tempranas de Chile y Brasil) y la Revolución cubana, marcó profundamente la crítica literaria y cultural de los años sesenta en adelante. En efecto, ese latinoamericanismo reestructuró el campo y marcó ejes vertebradores que aún sostienen paradigmas de lectura, anclados en una tríada conceptual-analítica fundamental: *modernidad-identidad-territorialidad*.

Dadas sus encrucijadas históricas y políticas, dicho proyecto convocó algunas de las tensiones a las que nos referimos a través del epígrafe de Martí e hizo de esa *sospecha* una matriz metodológica en cuanto salida de la *inocencia* panamericana. La producción crítica de Ana Pizarro fue inspiradora, impulsora y promotora de esa nueva

¹En 1889 Martí, cubre el congreso como cronista e intenta mostrar la primacía de Estados Unidos ante los delegados de otros países. El Congreso se orientaba a ganar los mercados latinoamericanos en un intercambio de los productos del norte para los consumidores del sur (Schnirmajer, 2010, p. 50).

²La historia del canal de Panamá es larga y sería imposible retomar aquí todo su complejo proceso. Es necesario destacar, sin embargo, que la historia política de su creación implicó una de las primeras intervenciones explícitas de Estados Unidos en América Central que comenzó con el despojamiento del Panamá de Colombia y culminó en una suerte de oda al “espacio americano compartido, de Norte a Sur” y que se revistió del concepto de Pan-América que se intentaba instalar a fines del siglo XIX y comienzos del XX, años de reconfiguración del mapa mundial y de migración del eje imperial desde Europa hacia Estados Unidos. Sobre la historia del canal de Panamá sugerimos Hobsbawm (2009).

crítica latinoamericana que transformó el área de los estudios literarios y culturales del continente al postular a la *literatura latinoamericana como proceso* y reivindicar su configuración histórico-social, tanto en la diacronía como en la sincronía, en términos de un *sistema plural*. A través de estas categorías se consiguió destacar de manera definitiva la complejidad de esta literatura que expresa, en su diversidad, cierta unidad –polémica, agónica, habitada por tensiones–. Esa multiplicidad resguarda heterogeneidades (Cornejo Polar, 1994) que, distantes de instituir una problemática para esa unidad, le confieren su marca singular e instituyen la necesidad de un abordaje metodológico y teórico propios, específicos.³

El proyecto latinoamericanista religó a muchísimos intelectuales y críticos del continente, su objetivo era producir una historia de la Literatura Latinoamericana. Los antecedentes sobre esa reflexión están en los libros *La literatura latinoamericana como proceso* (1985) y *Hacia una Historia de la Literatura Latinoamericana* (1987), ambos organizados por Pizarro.⁴ Finalmente, el proyecto cristalizó en tres volúmenes: *A situação colonial* (1993), *Emancipação do discurso* (1994), *Vanguarda e Modernidade* (1995) publicados en Brasil por la editorial de la Universidad de Campinas y el Memorial da América Latina (São Paulo) y se volvió así archipiélago textual bajo la denominación: *América Latina: palavra, literatura e cultura*.⁵

En palabras de Pizarro, este proyecto partió de y se expandió en:

La consideración de América Latina como constituyendo una región de significaciones históricas y culturales comunes, así como la articulación de lo heterogéneo en *una estructura global que ha ido integrando históricamente áreas*, ha sido desde el comienzo de este trabajo una hipótesis común. En virtud de esta hipótesis hemos hecho presente aquí la expresión de la literatura brasileña a través de la colaboración de sus investigadores, junto a la de Hispanoamérica y la del Caribe, en una perspectiva histórica de la construcción del discurso literario y cultural del continente. (Pizarro, 2013, las cursivas son nuestras).

Estructura global e integración son dos términos clave en este análisis y sugieren también que tanto Brasil como el Caribe han sido áreas culturales paulatinamente integradas en el eje temporal a una reflexión predominantemente hispanoamericana. Se trata, por tanto, de zonas y “lenguas” (como el istmo) de los confines del continente América Latina cuya integración se revela potente porque justamente trabaja sobre esa cualidad *liminal* que habilita aún más lo heterogéneo, heterocrónico y dinámicas no esencialmente binarias ni dualistas.

En este artículo abordaremos sólo dos importantes obras de Ana Pizarro, *El archipiélago de fronteras externas* (2002), compilado por la crítica y que contiene una crucial introducción de su autoría, y *El río tiene voces* (2009). Nos proponemos reconstruir en ambas obras algunos conceptos clave, a los que denominamos *categorías territoriales*, con el afán de visibilizar una crítica subyacente y no del todo relevada, a los entramados de un proyecto colonialista que invisibiliza y espectraliza modos de vida disidentes o alternativos al orden colonial europeo-occidental, proyecto

³Recordemos que en 1975 Roberto Fernández Retamar publica *Para una teoría de la literatura latinoamericana*, por Casa de las Américas, obra emblemática marcada por esta preocupación teórica metodológica latinoamericana.

⁴Hacia fines de la década de 1970 y durante el exilio de Pizarro en Francia, surge la idea de producir un volumen que integrara la colección de *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas* de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AICL). Orientados en esa búsqueda se realizaron dos encuentros (Caracas, 1982, y Campinas, 1983) que, sin embargo, demostrarían la singularidad de la posición latinoamericana y la necesidad de una agenda y proyecto críticos propios. En esos encuentros participaron críticos de la talla de Antonio Candido, Antonio Cornejo Polar, Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, Roberto Schwarz, Jean Franco, Jacques Leenhardt, Domingo Miliani, Carlos Pacheco, Hugo Achugar y Beatriz González, entre otros (Gómez, 2021).

⁵Los tres volúmenes de *América Latina: palavra, literatura e cultura* fueron organizados por Ana Pizarro y publicados en Brasil. Recién en 2013 se publica una segunda edición por la Universidad Alberto Hurtado, en Chile, y que incorpora un artículo de Benedito Nunes sobre poesía brasileña, ausente en la primera.

tentacular de extracción de “recursos naturales”, agricultura extensiva y esclavización de poblaciones en el que la posibilidad de tránsitos (transporte marítimo y fluvial) es crucial. Asimismo, pretendemos sopesar en qué medida este análisis crítico y los conceptos propuestos permiten tramar modos de vida y plurales mundos posibles que asolan las territorialidades del capitalismo y el neoliberalismo.

Ana Pizarro y el nuevo proyecto crítico: el sur y los trópicos

El nuevo proyecto crítico reunió una comunidad de intelectuales latinoamericanos y promovió una reflexión inédita hasta entonces. El puntapié inicial fue un primigenio proyecto propuesto en el marco de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC) que, sin embargo, fue distanciándose del comparatismo europeo y promoviendo una opción latinoamericana (Gómez, 2021). En el periodo que se extiende entre el libro de Fernández Retamar (1975) hasta los dos primeros compilados por Pizarro (1985; 1987), se detecta una flexión fundacional en sus propósitos, como afirma Patiño (2006):

[...] el primero, en su pretensión de generar un universo teórico más específico; los segundos, en su manifiesta intención de acometer una empresa historiográfica que pusiera en escena la complejidad y heterogeneidad de los sistemas culturales que operaban en el continente y que ninguna historiografía había analizado hasta entonces de manera sistemática. Es evidente en estos dos libros la voluntad de los intervinientes en el proyecto de poner a prueba una serie de categorías y de hipótesis que deberían tenerse en cuenta a la hora de enfrentar temas complejos en la periodización, la clasificación, las nomenclaturas, etc. (p. 2).

Ese período es el más “denso en producciones que consolidan ese proyecto” (Patiño, 2006, p. 2) que componen un corpus crítico numeroso, de artículos y ensayos “cuyo propósito también apuntaba a una reflexión sobre el estado y las condiciones de posibilidad de una crítica ‘específica’ para la literatura latinoamericana” (p. 3). Ese corpus se publicó, sobre todo, en revistas de crítica literaria y cultural de las academias latinoamericanas y norteamericanas. Ese latinoamericanismo continental “realizó un esfuerzo teórico y crítico sustancial”, profundamente atravesado por dos pulsiones: la de modernización a la par con la de politización de la crítica (Patiño, 2006). *América Latina: palabra, literatura e cultura* representa la obra emblemática y cumbre de ese proyecto.⁶

Para Maíz, esa obra en tres volúmenes se “constituye en una sinécdoque de América Latina”, puesto que “es un valioso mapa conceptual que refuerza la idea de algunas continuidades, pero también de diferencias que modelan una idea continental”. El crítico destaca la incorporación de “dos espacios que van más allá de la lengua castellana. Nos referimos claro está a Brasil y al multifacético Caribe” (Maíz, 2013, p. 168-169).

⁶Hacia fines de los años '90, como apunta Patiño, ese latinoamericanismo crítico experimentaría una profunda reformulación, pues sus “mejores resultados fueron absorbidos” y “aprovechados” dentro del flujo teórico que ha hegemonizado gran parte del latinoamericanismo actual, desterritorializado, multicéntrico y multilingüístico.

En ese mapa cabría agregar toda la problemática relativa a la inclusión de las producciones coloniales y las literaturas indígenas, su abordaje y las tensiones que aquello supuso, así como “el vínculo con los centros hegemónicos de poder, la propia situación de los intelectuales ante materiales y creaciones más allá de la ciudad letrada” (Gómez, 2021, p. 35). Tensiones que, como bien señala Gómez (2021), se plasmaron en las discusiones posteriores a los trabajos presentados y que los libros de la década del '80 reunieron y transcribieron.

Este proyecto evidencia el rol fundamental de las coordenadas políticas⁷ e institucionales⁸ para la crítica literaria y la producción de conocimiento en/desde/sobre América Latina así como la pulsión (utópica) por pensar, crear y agenciar en *red* intelectual y cultural: una estrategia singularísima en ese último tercio del siglo XX que, si bien recoge sus antecedentes⁹, propugna una programática al mismo tiempo que una reflexión teórica y crítica cuyos conceptos aún nos resuenan.

En síntesis, el nuevo proyecto crítico del latinoamericanismo de los setenta y los ochenta se enfrentó a los “dilemas de su propia tradición intelectual para tejer un nuevo relato sobre su cultura y sus letras” (Gómez, 2021, p. 24) y explicitó un posicionamiento: la asunción como comunidad latinoamericana y la necesidad de diseñar una historia desde perspectivas propias y no exógenas. Apuntó así a una redefinición de los parámetros europeos de comprensión y escritura de las historias de las literaturas. Esa tarea ciclópea –quizás por su cualidad tal– no alcanzó a realizarse en su totalidad. En este caso, “lo posible respecto de la producción de la cultura literaria latinoamericana” (Maíz, 2013, p. 170) fue un enorme trabajo que reorganizó la producción crítica y cultural continental.

Esa red intelectual que conectó el “sur y los trópicos”, para usar un título de la misma Pizarro, se consolidó y produjo, en ese marco contextual descrito, algunas categorías territoriales que consideramos fundamentales. Especialmente, nos detendremos sobre dos de ellas, sugeridas, planteadas y elaboradas en obras posteriores a las citadas hasta aquí de Ana Pizarro. Esas categorías trasvasan al mismo tiempo que reelaboran y reformulan las preocupaciones del nuevo proyecto crítico latinoamericanista en el que Pizarro se inscribe. Se trata de categorías territoriales, término que definiremos en el próximo apartado, ligadas a dos áreas culturales: el Caribe o los Caribes y Brasil, área que, también, será redescubierta como múltiple, heterogénea y zona de conflictos.

Archipiélagos y cuencas: pensar con *categorías territoriales*

Los dos libros que analizaremos a continuación son *El archipiélago de fronteras externas. Las culturas del Caribe hoy* (2002) y *Amazonía: el río tiene voces* (2009). El primero, organizado por Pizarro, se abre con un artículo fundamental de su autoría que oficia de eje semántico para esa constelación textual. El segundo, fruto de su investigación como becaria de la Fundación Guggenheim, constituye el primer ensayo escrito en

⁷Desde un punto de vista político, serán claves “los novedosos componentes que forman parte del campo cultural de los años 1960: la Revolución cubana (1959), la ampliación del circuito de *Marcha*, la figura del uruguayo Ángel Rama y la creación en Cuba de Casa de las Américas, una institución que se convertirá en un centro de atracción de buena parte de la intelectualidad de la época” (Maíz, 2013, p. 169).

⁸Como mencionamos, el campo institucional donde se gesta el Proyecto es la Asociación Internacional de Literatura Comparada. Ana Pizarro forma parte de esa institución después de haber hecho su doctorado en Francia y Jacques Leenhardt es el nexo con la Asociación. Juntos piensan inicialmente en un proyecto sobre una historia de la narrativa, pero que irá girando hacia una historia de la literatura latinoamericana (Maíz, 2013; Gómez, 2021; PROGRAMA DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS - UNAJ, 2024).

⁹Esos antecedentes corresponden a un “comportamiento intelectual” y una serie de “tareas culturales” que se reconoce en “la red arielista, la americanista, la de los años del boom, en fin, una modalidad de actuar que pone en juego los nexos entre hombres, mujeres, textos, revistas, epistolarios, etc. (...)” (Maíz, 2013, p. 170)

español completamente dedicado a la complejísima Amazonía, tan necesario como minucioso.

Si en textos anteriores Pizarro había esbozado el concepto de área cultural, en estas dos obras éste se convierte en categoría neurálgica de su pensamiento y abordaje crítico e historiográfico. Además, serán las características de áreas culturales complejas, múltiples y heterogéneas, como el Caribe y la Amazonía, las que permiten enlazarlas entre sí y configurar un mapa que cartografía y visibiliza aspectos que habían permanecido invisibilizados hasta entonces. Esto último, rastrear ese recorrido y esa posibilidad, es el propósito de las páginas que siguen.

En el artículo que abre el libro sobre el Caribe, Pizarro esboza los diversos modos de comprender este espacio: la clásica acepción del Caribe como insular, conjunto de islas que dibujan la medialuna de las Antillas; otra que comprende la cuenca del mar Caribe y, por tanto, incluye las islas y la parte del continente bañada por ese mar; la tercera acepción: un Caribe en desplazamiento, que sale de las islas para instalarse en el norte o el sur del continente e incluso en Europa. Desde esta última, el archipiélago ya es mucho más que un conjunto de islas, se expande más allá de las fronteras geográficas. En todo caso, lo que resulta de estas acepciones es la compleja heterogeneidad, dados los entrecruzamientos, superposiciones, fragmentos y añicos que, aunque articulados, resultan en tensiones de difícil solución. Justamente en ese carácter reside su riqueza. La crítica señala tres núcleos de densidad simbólica que dan un rostro común a esa expresión cultural del área: la trata de esclavos, el cimarronaje y el movimiento de la negritud.

De especial interés es la propuesta de Pizarro sobre un Caribe heteróclito, diverso, dadas las múltiples lenguas metropolitanas, criollas, creadas a partir de la interacción de aquellas con las múltiples lenguas africanas, así como con los sustratos indígenas, pero cuya unidad de base es “submarina” (Pizarro, 2002, p. 27). Con ello, se refiere, por un lado y literalmente, a que todas estas naciones poscoloniales están vinculadas entre sí y al continente americano por territorio marino; por otro lado, y metafóricamente, se referencia el sustrato semejante, que encarna en el sistema colonial instaurado: el de la plantación o la plantocracia, que desde coordenadas contemporáneas podemos leer e interpretar en su rol de aliado principal del extractivismo, concepto amplio en el que ese sistema se encuentra subsumido. Ana Pizarro no hace mención a este concepto imperante en la América Latina del siglo XXI, pero alude, indirectamente a sus bases y a su lógica.

En sus vertientes más actuales, tal como lo definen Gago y Mezzadra, dicho extractivismo implica una triple articulación entre extracción, acumulación por desposesión y su relación orgánica con las finanzas, que “conectan de manera profunda las vidas en las periferias suburbanas y las resistencias directas frente a la violencia del extractivismo literal” (Gago; Mezzadra, 2015, p. 52). Este extractivismo del siglo XXI no se expresa sólo en una matriz rural y no tiene lugar exclusivamente

en territorios de extracción de materias primas, sino que posee una vertiente urbana. Por lo tanto, mapea, sobre todo, la interdependencia entre ambos espacios/territorios deshaciendo las oposiciones binarias. El extractivismo que proponen Gago y Mezzadra se asienta sobre el extractivismo literal, que se encuentra en los orígenes de aquel y que es el que exploramos en estas páginas, para sugerir parentescos rizomáticos y fractales entre el Caribe y la Amazonía, así como para revisar espacios y casos de resistencias desde su implantación.¹⁰

El evidente (neo)extractivismo actual, expresado en la multitud de “proyectos multinacionales” sobre territorios latinoamericanos que abastecen ya no sólo la industria sino, especialmente, el sector financiero y tecnológico; esa experiencia que ha sedimentado y configura nuestro horizonte presente, se encontraba entonces, en el momento de producción y escritura de ambos libros aquí abordados, en solución (Williams, 2009). En el arco que une la obra sobre el Caribe con el ensayo sobre la Amazonía se expresa un *continuum* que ha ido *in crescendo* y que, además de enlazar estas territorialidades, se caracteriza tanto por un desplazamiento conceptual (las categorías territoriales) como por la sugerencia de un reparto político-sensible de un problema: el de América Latina como *territorialidad en disputa*. Esto implica sujetos, actores (macro, pero también menores, devenires), política(s), distribuciones de poder y enclaves histórico-naturales.

Archipiélago y cuenca, términos propuestos por Pizarro, se convierten en categorías territoriales, que dan cuenta de varios elementos: la importancia de las cuestiones territoriales para pensar las expresiones culturales y literarias de América Latina y sus transformaciones; su incidencia tanto en la historia como en las construcciones identitarias y el procesamiento de las tensiones geopolíticas. Tomando la propuesta de Porto Gonçalves (2001), quien piensa a las territorialidades como construcciones y procesos, pasibles, por lo tanto, de reelaboraciones y resignificaciones, proponemos que entre el archipiélago caribeño y la cuenca amazónica se traza una relación de continuidad que apunta, sobre todo, a ese extractivismo y que renueva la conceptualización paradigmática de América Latina como territorialidad en disputa, en cuya definición intervienen múltiples actores y estrategias. Bajo diversos ropajes e inflexiones, esta proposición no deja de resonar con la *sospecha* o advertencia martiana. El vínculo entre archipiélago y cuenca, será el acuífero, categoría territorial que esbozamos como metáfora crítica. Para ello, debemos comenzar por el análisis del archipiélago, sobre el que se asienta el libro de Pizarro de 2002.

Archipiélagos: fronteras y confines. Entre tierra y mar

La metáfora espacial del “archipiélago de fronteras externas” para concebir al Caribe, ejemplar en cuanto elaboración crítica, “rompe con las delimitaciones geográficas y permite incluir la diversidad y complejidad de la región”, como señala Calomarde (2019, p. 262).

¹⁰ El extractivismo contemporáneo implica articulaciones novedosas que permiten al capital su expansión prácticamente infinita. Al respecto sugerimos: Gudynas (2019); Gago y Mezzadra (2015); Antonelli (2014); Svampa (2019). Estos autores diferencian entre extractivismo colonial y extractivismo contemporáneo. Este último parece dividirse en dos corrientes, el extractivismo “progresista” y el “conservador”. Para Gudynas esas diferencias están asociadas a las intervenciones más o menos activas del Estado. En el primer caso, la legitimación (social) es mayor, puesto que algunos de los excedentes generados por ese extractivismo son redistribuidos, aunque se repiten los impactos sociales y ambientales negativos (2019). El de extractivismo es un concepto potente que cabría explorar, pero sobre el cual apenas nos es posible indagar como sospecha y focalizar en sus orígenes, a los que Gago y Mezzadra nombran como “extractivismo literal”. Éste, de manera ya clásica, puede ser definido como “los modos de apropiación de grandes volúmenes de recursos naturales o bajo procesos de alta intensidad, para exportarlos a los mercados globales” (Gudynas, 2019) con efectos devastadores a nivel ambiental y social.

Así planteada, la noción de archipiélago funciona no como matriz geográfica, sino como metáfora geocultural que permite integrar a la clásica tríada (territorio, identidad, escritura), los procesos y dinámicas contemporáneas de las experiencias de territorialización, desterritorialización y reterritorialización de textos, subjetividades y culturas (p. 262).

Desde la posición que sostenemos en estas páginas, el concepto de *archipiélago* da un paso más allá, se vuelve más abstracto para aludir a otras condiciones semejantes a las del Caribe, se *despega* de un territorio concreto para convertirse en una categoría territorial. Entendemos por categorías territoriales, como son las que –sin emplear este término– produce Pizarro, como experimentos entre sentido, sensibilidad, fricción y contagio de territorialidades con las formas y fuerzas desde las cuales las pensamos o concebimos. Es decir, no constituyen un *a priori*, sino que emergen de una condición situada en la que la propia territorialidad¹¹ contamina la forma en que reflexionamos teórica y críticamente y, por lo tanto, los modos de categorizar. De allí que el archipiélago y la cuenca no sólo puedan ser categorías producidas desde esas coordenadas espaciales-geográficas, sino que permean, dan forma y fuerza a un pensamiento y una sensibilidad híbrida (el archipiélago), anfibia y fluvial (la cuenca). Las categorías territoriales a menudo se expresan como una conjunción espacio temporal significativa que una territorialidad expresa y muestra. De allí que, en general, se vinculen a imágenes, que expresan pathos (Warburg, 2014), comunican gestos, vuelven visibles aspectos a menudo difícilmente significables.

El libro compilado por Pizarro se instituye, en sí mismo, como una constelación sobre diferentes facetas de ese archipiélago Caribe. Cada artículo compone una textualidad entramada con otras, todas las cuales se entretajan en la preocupación por definir su hilván histórico, político y cultural. Eurídice Figueiredo se pregunta por los modos de construcción identitaria que referentes fundamentales del movimiento de la negritud antillana (Césaire, Glissant, Chamoiseau) han elaborado y sitúa en un lugar primordial la memoria de los “rasgos, los vestigios, los resquicios de la cultura africana que el inmigrante no pudo conservar” (FIGUEIREDO, 2002, p. 44), puesto que sólo a través de esos elementos –aun hechos añicos– junto a otros de otras culturas, es posible crear. Y esa creación, en el Caribe, es proceso, es devenir, sin pretensión de dominación cultural (p. 40). En ese proceso se produce, paradójicamente, una literatura de expresión francesa (escrita en francés), que se niega a la asimilación, apostando por la originalidad e identidad resistente desde “los primeros esclavos *cimarrones* [que] huyeron de las plantaciones” (p. 53).

La identidad en sus vínculos con las religiosidades, en expresiones literarias, es abordada por Dominique Curtius. Este artículo instituye uno de los pilares sobre los que Pizarro asentará esta constelación textual del archipiélago: la noción de unidad en la diversidad. Curtius se esfuerza en recuperar esos “denominadores comunes, similitudes y cierta forma

¹¹ La idea de categorías territoriales se sostiene sobre una noción de base, la de territorialidad, que desarrollamos en el marco del equipo de investigación “Territorialidades latinoamericanas en mundos por-venir: poéticas de re-paisamiento y re-comienzos en los ensamblajes heterogéneos de la literatura y el arte contemporáneos”, dirigido por la Dra. Calomarde. Hace más de diez años, en ese contexto venimos elaborando esa categoría en diferentes inflexiones. Dado que el foco aquí es la propuesta de categorías territoriales, sólo incluimos una sintética definición de territorialidad para que se comprenda su cualidad, abstracta y que, al mismo tiempo, la convierte en noción dúctil, anclada a diferentes emplazamientos y, también, móvil y asociada a desplazamientos (Zanotti, 2018). Entendemos por territorialidad, entonces, una dimensión más abstracta que despega –aunque no completamente ni según los esquemas de una completa desterritorialización o nomadología (Rolnik Y Guattari, 2006; Deleuze; Guattari, 2004; Guattari, 1991; 2015)– al territorio de un anclaje exclusivamente físico y espacial y permite, por el contrario, concebirla como una operación epistemológica, “una operación cultural a partir de la cual los sujetos construyen una experiencia del mundo y de sí mismos en relación a un hábitat determinado” (Calomarde, 2019, p. 264), entendiendo que hábitat, al mismo tiempo, puede adquirir otras denominaciones. Además de remitir a un territorio como espacio de referencia, la territorialidad incluye los procesos culturales, geopolíticos y de subjetivación a partir de y con los cuales los sujetos construyen “un modo de estar en el mundo” (p. 259). La territorialidad entonces sería la inflexión territorial del sentido del mundo en el que el mundo del sentido parece haberse agotado (como dirección, como significado) (Nancy, 2003), pero que quizás pervive como sensible. En ese punto, la palabra clave es esa sensibilidad y la *aisthesis* que significa estar en el mundo. La territorialidad se pauta por este trastocamiento. La territorialidad va de la mano, en consecuencia, de producciones estéticas y políticas que surgen de la experiencia de contacto, tránsito o hábito de un espacio. La territorialidad articula distintas dimensiones –a menudo inextricables y difícilmente segmentables en unidades discretas– como la discursiva y textual, la histórica (a menudo poniendo en jaque el concepto mismo de historia lineal), la axiológica y la epistemológica y, asimismo, “imagética”.

de unidad” (p. 87). Para ello, recurre a diversos intentos críticos (el de Coulthard, el de Mintz) entre los que rescata el de Glissant, de quien toma las nociones de *détour* y *opacité* para referirlas al fenómeno religioso. La autora emplea el concepto de “sacralización discursiva” para evaluar los modos en que los espacios ficcionales caribeños desafían el discurso etnocéntrico colonial con respecto a la espiritualidad caribeña. En efecto, esos espacios discursivos ficcionales no intentan dar a entender la religiosidad, sino que se esfuerzan en su opacidad, en diferentes inflexiones y estrategias, como modo de afirmar su alteridad y resistir a la objetivación hegemónica.¹²

Odile Cazenave analiza las producciones literarias recientes de mujeres escritoras del Caribe francófono, para quienes la migración resulta una experiencia trascendental, que convierte a la “gente caribeña” (p. 65) en nómada, creadores de mundos propios donde sea que estén. De allí que la diáspora sea una marca imprescriptible en su multiplicidad originaria y, también, contemporánea: la tendencia a un desplazamiento perpetuo que adquiere rasgos de fuerza y creatividad y ya no de ausencia o pérdida.

En esa misma línea de interrogaciones, María Julia Daroqui aborda la producción de mujeres en el Caribe hispano. Se trata de escrituras que intentan construir y consolidar “una tradición de la palabra escrita por mujeres” (2002, p. 133) caracterizada por una doble mirada: crítica, que denuncia los silencios, y constructiva, “que estructura una mirada ‘otra’ sobre los discursos oficiales” (p. 133). Es con esa mirada doble que recomponen una memoria siempre en proceso –en que los detalles se acumulan, pero también persiste un permanente olvido– trazada desde fronteras literales, textuales y público-privadas para dismantelar remanentes patriarcales y proponer una identidad femenina que es posicional, fluida, no esencialista, voz de la diferencia.

Antonio Fernández Ferrer, por su parte, se centra en las negaciones al concepto de literatura operado por las producciones caribeñas, que la deniegan como “máquina extranjera”. Para el crítico, “en el magmático espacio del Caribe, irreductible y caleidoscópico caos en su complejidad cultural” (2002, p. 72), se observa una particularidad que se sostiene en el tiempo: el señalamiento de extranjería y artificiosidad del concepto de literatura para sus expresiones y producciones. Por lo tanto, la noción de literatura queda situada “en la *exterioridad*” (p. 73), refiriéndose únicamente a los procesos de Occidente y sus poderes coloniales, que han elaborado esa perspectiva eurocéntrica que rechazan, como a un raro monstruo inasimilable que llegó junto a Colón. A través de una serie de referencia a grandes nombres del canon caribeño, como Glissant o Benítez Rojo, hace hincapié en el “movimiento de fuga que singulariza al texto caribeño” (p. 76), a la “imposibilidad de asumir una identidad estable” (p. 77) y la necesidad de “profundizar en conceptos menos totalizadores y consagrados” (p. 77) para ingresar en la densidad del Caribe, como el de *ritmo*.

¹² Este artículo puede emparejarse con las postulaciones de Fernández Ferrer, puesto que esa opacidad que las textualidades resguardan para Curtius, que las inscribe en la ficción y en la etnografía, es el modo, también, con que niegan ser literatura, entendida ésta desde una perspectiva occidental, europea, colonial.

El artículo de Susana Rotker se centra en escrituras de los años noventa en el Caribe continental, especialmente en Colombia y Venezuela, en las crónicas periodísticas de la violencia que reúne y asola ambas realidades. Sin llegar a conclusiones definitivas, lo que Rotker realiza es un diagnóstico de las sociedades caribeñas continentales a través de un corpus de crónicas periodísticas. Estas producciones, aporías textuales, a la vez que revelan una figura, la de la *víctima en potencia*, vehiculizan la pasión por excelencia de esta época, el miedo, sin posibilidad de encuentro con el otro.

George Yúdice, por su parte, aborda la producción cultural masiva de este mismo período en Miami, como escena de articulación de América Latina (y ya no sólo del Caribe). Su análisis propone a la ciudad estadounidense como centro de “transculturación latinoamericana” y pone el foco en la industria del entretenimiento. Partiendo de un concienzudo análisis histórico y geopolítico de Miami, el autor postula este espacio como escenario de multiculturalización –en gran medida por las migraciones de todo tipo– que produce una “peculiar hibridez” (2002, p. 151) que “afecta a toda la industria del entretenimiento en América Latina” (p. 154) para su capitalización. Sin conducir a una homogeneización ni a una localización, lo que se observaría es un proceso de reconfiguración de los sistemas de producción y distribución de la industria cultural que articula ambas instancias.

Finalmente, el artículo de Roberto Márquez realiza un amplio y detallado recorrido por los modos en que se configuró la matriz racial y el racismo en la historia caribeña para advertir sobre la ideología del mestizaje y la necesidad de una aguda crítica sobre ella, tarea que han encabezado sobre todo los afrolatinoamericanos. Propone, en su lugar, el discurso de creolización, “Más rizomático, dialéctico y equitativo” (p. 200), que pone énfasis en el proceso de la mutación y el cambio continuos, pero que aún es poco conocido y discutido en el mundo de habla hispana. Este texto cierra el libro con una interesante invitación a repensar “la urdimbre de nuestra integración como de ciertas particularidades y precisiones de nuestra diversidad cultural” (p. 201), desde su particular *locus* de enunciación y producción, para, retomando a Nicolás Guillén, “sacar a la luz muchos de nuestros males” con el propósito de “actuar un poco” hacia el “mutuo respeto y por una definitiva comprensión” (p. 201).

Este resumen sumario de cada uno de los artículos nos permite enunciar que el archipiélago es abordado desde una propuesta que repite las características de esa territorialidad, en dispersión de artículos, autores y temas, en torno a un asunto común –el/los Caribes– y en una extensión bañada por un mismo mar entre construcciones identitarias, literatura, historia, religiosidades, géneros, racialidad, espacios y tránsitos.

Las innegables contribuciones de este volumen en cada una de sus modulaciones, preguntas e inquietudes, así como en su organización y disposición, hilvanadas en la tinta inaugural de Pizarro, convirtieron a esta obra en una referencia obligada sobre el Caribe y,

sobre todo, ofrecieron una densa muestra tanto del diagrama de una categoría territorial, una metáfora crítica, el archipiélago, como de su funcionamiento en la propia arquitectura textual, en la que cada artículo propone un territorio, un recorrido posible, una serie de singularidades y diversidades que se componen en una extensión marítima en común, en cierta forma ilimitada, sin fronteras, y una extensión submarina que posibilita trazar zonas liminales y zonas de contacto con otras áreas culturales de América Latina. Lo que queda por sopesar es cómo se liga esta obra-archipiélago con la Amazonía, que Pizarro aborda en su libro de 2009 y qué operaciones críticas, qué categorías territoriales se definen y ponen en funcionamiento para aproximarse a ese otro entramado tan complejo: ese mundo de aguas, territorialidad de la floresta tropical, de ritmos cíclicos e intervenciones modernizadoras, de comunidades indígenas, *quilombolas*, ribereños, migrantes y, también, de ensueños europeos.

Una diversidad y heterogeneidad semejante a la que compone el Caribe se refleja en la Amazonía, a la que Pizarro llegará luego de un gran viaje intelectual y crítico por otras zonas de América Latina. Si Brasil persiste aún como el gran desconocido, la Amazonía condensa en sí misma más que un interrogante, una quimera: una esfinge que nos cuestiona e inquieta, a tal punto que, en torno a ella, parecen integrarse los problemas más acuciantes de nuestro presente. Pizarro, como rastreadora de huellas, como lectora sensible e intuitiva, se adelanta y propone uno de los estudios pioneros sobre esta área cultural, del que nos ocupamos a continuación.

Cuenca: desplazamiento fluvial

El desplazamiento, propio de la definición misma de metáfora (*metaphorein*), nos posibilita trasladarnos al segundo concepto que Pizarro elabora en su libro de 2009, *Amazonía: el río tiene voces*, fruto de una expedición *in situ* y de un largo proceso de investigación. Nos referimos al concepto de *cuenca*, que ya aparecía en el libro sobre las culturas del Caribe y que reemerge en este estudio.

La *cuenca* habilita, asimismo, otra serie de desplazamientos, puesto que, en la hoya amazónica, rebosante de tributarios y uno de los ríos que más alimenta el océano, encontramos nuevamente las dinámicas insulares, de territorios metamórficos entre las aguas –dulces, en este caso– cuya figura central es el imponente río Amazonas, también llamado río-mar. Ya desde el universo simbólico, habilitado por los significantes semejantes y los significados similares, es posible trazar el hilván entre el Caribe y la Amazonía. Esto se acrecienta si consideramos que esta gran área cultural, poco conocida y poco abordada por el latinoamericanismo, también emerge como una zona de gran diversidad cultural y lingüística. La Amazonía es compartida por ocho naciones diferentes, se hablan diversas lenguas metropolitanas a las que se agrega un gran número de lenguas amerindias, además de otras que concurrieron a causa de grandes

migraciones intercontinentales, como la de sirios, libaneses e indios, y migraciones internas, como las masivas de campesinos nordestinos, que alimentaron esta cultura ya de por sí diversa. La Amazonía parece ser el área cultural que posee más semejanzas e imágenes en común con el Caribe.

Pizarro señala, asimismo, que existen varios modos de concebirla:

Hay criterios diversos para establecer su territorio, pues una cosa es tratar de la "cuenca" amazónica y otra muy diferentes es hablar del "dominio" amazónico, que se extiende fuera de la cuenca, en especial en la Orinoquia y en las Guayanas, indican los documentos. El más ortodoxo incluye las cumbres nevadas de Los Andes y numerosos valles interandinos cuya geografía nada tiene que ver con la visión universal de la Amazonía. Incluye, asimismo, áreas del cerrado brasileño hasta las proximidades de la capital de ese país, Brasilia (2009, p. 21).

Si la noción de cuenca parece quedarse corta, la de dominio es menos adecuada aún. Si la primera refiere al valle, a la hoya, a las concavidades que contienen esas aguas (dividiendo contenido y continente), la de dominio parece referirse a las "tierras vinculadas" a la cuenca y marcadas por sus ritmos. En estas páginas nos interesa pensarla como *cuenca*, sin desconocer la relación entre aguas y tierras, incesante y metamórfica, para ligarlas a la noción de *acuífero*, que abordaremos en el próximo apartado, puesto que esta noción, como la de archipiélago, hace hincapié en lo "bajo", en lo que está debajo de las superficies, sean estas aguas o tierras (a las que remite el prefijo -sus, -sub).

En su introducción, nuevamente muy orientadora de su propuesta y pensamiento, Pizarro propone que la Amazonía como área geográfico-cultural precisa ser vista en sus vínculos con el resto del continente y señala como uno de los problemas para su abordaje la *opacidad*. Recordemos que este término, empleado para referir al Caribe, recuperando a Glissant, puede convertirse en un concepto positivo pues refiere al modo en que, mediante distintas inflexiones y estrategias, es posible afirmar la propia alteridad, esforzarse en su singularidad y resistir a la objetivación hegemónica. Esto también vale para la gran heterogeneidad y diversidad amazónicas.

Pizarro se centrará en este libro en los *discursos* que han construido a la Amazonía, los cuales proponen una especificidad, la de lo *fluvial*. Se trata, entonces, de un área construida en torno a la *hoya* hidrográfica del río que ha encarnado, históricamente, el papel de una *frontera cultural dinámica* entre Hispanoamérica y Brasil. Es decir, que la Amazonía, tal como la misma Pizarro la propone, es el área que oficia de *zona de contacto* e interlocución -ya que estamos hablando de voces- para América Latina.

La cuenca diseña, al igual que el archipiélago, una categoría territorial, en los términos en que la hemos definido más arriba, puesto que la centralidad de lo fluvial, en su decurso y ritmo, demarca los parámetros de una experiencia sensible, de unos saberes culturales, de

los modos y agenciamientos de existencia. Esos modos de existencia son hospedados por el río, se asientan en sus dinámicas y dan forma y fuerza a la proliferación de mundos que, a través suyo, son sembrados y diseminados.

En tanto categoría territorial, la cuenca refiere a las concavidades del lecho del río (al continente) sobre el que se desplaza y derraman las barrosas, oscuras o cristalinas aguas, incluyendo sus saltos, cascadas, raudales y remolinos; remite a un entramado orgánico de ríos caudalosos, pequeños brazos, arroyos, *igarapés*, aguas más o menos corredizas y otras en quietud, *igapós*, furos que tejen atajos: todas esas modalidades de las aguas en su deslizarse por las cuencas dan contenido vital a un cuerpo fluvial. Esa dinámica entre contenido y continente, que los entrevera y los vuelve inseparables, produce las redes que sostienen los modos de vida amazónicos, que, cada vez con más insistencia, son amenazados en su metamórfica cualidad y en su oscilante equilibrio por intervenciones externas, es decir, por lógicas y dinámicas distantes de las de la cuenca y que, generalmente, operan escindiendo lo inescindible.¹³

De manera semejante a lo propuesto en su introducción a *El archipiélago de fronteras externas*, Pizarro propone la multiplicidad cultural, lingüística, de formas de vida, que apuntan, sin embargo, a la construcción de un imaginario con articulaciones comunes ligadas a una vida en diálogo intenso con el medioambiente y un decurso individual y social regulado por el tiempo de las aguas. Esas coordenadas apuntan a su compleja unidad en el plano simbólico. Queremos evidenciar que esa caracterización del área cultural como unidad compleja en la heterogeneidad (ecológica, geomorfológica, de suelos, clima, flora y fauna, social, económica y política) aplica tanto al Caribe como a la Amazonía y se define especialmente en el arco que va desde la obra de 2002 hasta esta de 2009, pasando por un punto intermedio importante, contenido en *El sur y los trópicos* de 2006.¹⁴ Para ambas áreas culturales, Pizarro realiza la misma operación: señala la proliferante diversidad y heterogeneidad para luego apuntar un reducido número de parámetros comunes.¹⁵ Esto nos permite pensar que la autora pudo elaborar esas categorías territoriales a partir del contacto, la experiencia y el trabajo sostenido con ambas zonas que son, indefectiblemente, entonces, puestas en relación.

Para el área amazónica, Pizarro considera como parámetros de unidad el rasgo principal de haber sido construida por un pensamiento externo, en imágenes transmitidas por el ideario occidental, especialmente como otredad, generalmente respondiendo a una dualidad paraíso/infierno o bien en referencia a las carencias, expectativas y fantasías del europeo, desde la posición del dominador. Resulta clave que, entonces, para poderle dar unidad al área amazónica, se la debe entender en cuanto construcción discursiva: “La Amazonía, la imagen que de ella manejamos, tiene que ver con la construcción de estos discursos y la forma con que ellos expresan la relación del hombre con la naturaleza, con el medioambiente” (2009, p. 30).

¹³ Con “intervenciones externas”, nos referimos a una serie de procesos, en general exploratorios, extractivos y predatorios de la Amazonía, tanto propiciadas por las dinámicas nacionales y estatales, generalmente ligadas a una ideología del progreso y bajo el imperativo de modernización (capitalista), como por instancias multi o transnacionales de aprovechamiento de lo que conciben como recursos naturales o “activos”. Volvemos sobre este punto en el último apartado del artículo.

¹⁴ En el artículo “Áreas culturales en la Modernidad tardía”, Pizarro define el concepto de área cultural desde la historia de la cultura y establece el vínculo entre Caribe y Brasil (Pizarro, 2004, p. 177-192).

¹⁵ Al respecto, la pregunta de Pizarro se enuncia explícitamente: cuáles son los patrones que le otorgan, dentro de toda su riqueza y diversidad, una unidad y un espesor cultural que le son propios y diferenciadores respecto de otras regiones del continente, aquellos que la constituyen en un área más de la “diversificada unidad de América Latina en su configuración heteronímica” (2009, p. 25).

Sin embargo, Pizarro señala la necesidad de deconstruir esos discursos que la configuraron (con la ayuda de la arqueología, la antropología y la semiología) y darle espacio a nuevas voces y gestos, algo que ha comenzado a suceder muy recientemente y de manera incipiente.¹⁶

Al finalizar el ensayo, que sigue una línea bastante cronológica y que nos habla, en consecuencia, de la noción de historia que organiza el texto, Pizarro sugiere –al analizar y comentar su experiencia de la ceremonia religiosa del Cirio de Nazaret– que la pluralidad amazónica configura, a fin de cuentas, un “universo altamente fractal” (2009, p. 233). Durante la celebración del *Cirio de Nossa Senhora de Nazaré*, tiene lugar un “ritual de espiritualidad y carnaval” (p. 234), una fiesta en que esa “sociedad fractal” (p. 234) articula sus identidades y un momento en que se negocian las fuerzas del orden y el desorden, las de la institución y el tumulto (p. 235); lo que hay es desborde y una “escena múltiple de un universo dominado por una diversidad humana y social que evidencia elementos de aproximación y que al mismo tiempo escenifica sus tensiones” (p. 235).

Destacamos estas últimas palabras de Pizarro sobre la Amazonía, que resuenan con su propuesta sobre el archipiélago caribeño, puesto que ambas territorialidades habrían de adquirir el *carácter fractal*. Si bien Pizarro no usa ese término en su libro sobre el Caribe, introducimos aquí una bisagra recurriendo a la propuesta de Ette y Eljach en “De islas, fronteras y vectores. Ensayo sobre el mundo insular fractal del Caribe” (2004). Los autores sostienen que las islas de las Antillas en realidad “han creado el hemisferio” (p. 132), es decir, el archipiélago posee una centralidad indiscutible para la historia y la cultura latinoamericana. Dicen: “Tengámoslo, pues, presente: en el principio estaba la isla, al menos en la perspectiva de los europeos” (p. 133), “Los mapas” lo muestran con claridad. “Pero las apariencias engañan (...): una isla no es una formación estática fija, sino que debe entenderse *vectorialmente* como un lugar en el que se *cruzan y traslapan* los más diversos movimientos históricos acumulados, como un campo de fuerzas en el que se conservan esos movimientos” (p. 133. El destacado es nuestro).

Esos vectores, prosigue,

[...] no se asientan dentro de una geometría continua, por decirlo así euclídeana, sino dentro de un espacio repetidas veces roto, caracterizado por numerosas grietas y discontinuidades. No sólo las líneas costeras, sino también los movimientos se pueden comprender en el sentido de estructuras fractales con su correspondiente sentido propio y pertinaz (p. 133).

Ette y Eljach se refieren al Caribe como fractal, no continuo y con ello sostiene que en esa territorialidad no está todo unido con todo simultáneamente, sino en *contacto*, hay saltos en tiempo y espacio, irregularidades: se trata de una estructura viva y dinámica que oscila

¹⁶ Pizarro se refiere, en especial, a la posibilidad de acceder a las voces de los grupos indígenas que vieron llegar a los europeos; grupos indígenas que continúan viendo llegar –agregamos–, de manera constante y aún con más insistencia en nuestro presente, “otros”, blancos, brasileños y extranjeros, que se asoman a sus territorios y toman sus tierras con afán de explotar sus “recursos”. Es el caso del agronegocio que expandió la ganadería y el cultivo de soja en zonas de la floresta, proceso que se inicia a mediados del siglo XX, para lo cual se lleva adelante una deforestación intensa e indiscriminada. Recientemente, la explotación aurífera en manos de *garimpos* –organización supuestamente artesanal– y grandes estructuras transnacionales vienen causando estragos irreparables para las poblaciones indígenas y ribereñas en sus modos de vida, especialmente por la contaminación por mercurio. Es también contemporánea, consistente y cada vez más extensa la expresión de las voces indígenas y de sus mundos, interpelados por estas lógicas. Por citar un caso, mencionamos el libro de Davi Kopenawa junto a Bruce Albert, *A queda do céu* (2015).

entre caos y cosmos. La isla puede entenderse como aislamiento (lo dominante), pero también como lazos multiplicados al infinito (fractal), continuo movimiento, recorridos, es decir, en relación o como metáfora de la errancia.¹⁷

Es necesario un discurso fractal y la elaboración de una teoría que haga justicia a los saltos y discontinuidades, a las superposiciones y de-coherencias del Caribe y sus fenómenos culturales y literarios, su capacidad de dar espacio *a la vez* a diferentes lógicas y direcciones de movimiento. Si recogemos las elaboraciones de Ette y Eljach, las articulamos con la propuesta del archipiélago caribeño de Pizarro (2002) y recordamos su referencia al universo fractal amazónico (2009), se vuelve posible tender un puente entre estas áreas.

Acuífero: vías metafórico-conceptuales para aludir y eludir el extractivismo

Tanto en el Caribe como en la Amazonía se inscribe, paradigmáticamente, el terreno de la simultaneidad de lo no simultáneo. Son territorialidades fractales (Pizarro, 2009; Ette; Eljach, 2004), propicias para la producción teórica y sus laboratorios.

Archipiélago y cuenca, categorías territoriales que analizamos anteriormente, Caribe y Amazonía, se ligan a partir de su cualidad fractal, es decir, en la iteración (en el eje temporal) y en la repetición (en el eje espacial-territorial), en diferentes escalas, de una estructura común que consiste en el extractivismo. Esta es nuestra hipótesis.

El desplazamiento fractal entre esas territorialidades es posibilitado a través del *acuífero*,¹⁸ término geológico y geográfico, al que tomamos, en consecuencia, como metáfora crítica y conceptual para referir a lo *subterráneo*, a lo que a menudo resulta menos evidente o que es, muchas otras veces, ocultado con voluntad de poder. El acuífero alude a lo invisible e invisibilizado en la medida en que refiere a las aguas subterráneas conectadas, a los “ríos” o cuencas que bajo tierra religan territorios prolíficos de vitalidad hídrica; es un ligamen entre tierra y aguas, de manera semejante a la unidad submarina del archipiélago. El acuífero, etimológicamente, “lleva agua” y ese *llevar* o *llevarse* connota, asimismo, la referencia a la extracción y explotación que América Latina como *territorialidad en disputa* ha experimentado históricamente desde el primer fin del mundo (Krenak, 1999) que significó la llegada de los europeos a los dominios de innumerables comunidades que hoy, a falta de mejor denominación, reunimos como *amerindias* u originarias.

La estructura fractal que vincula Caribe y Amazonía, el proyecto extractivista, se expresa a través de esta metáfora crítica y conceptual, el acuífero, a la que recurrimos puesto que el área cultural amazónica puede pensarse, siguiendo los términos de la geología, como un “Sistema Acuífero Grande Amazonia” (MATOS DE ABREU, 2014) que, asimismo, se liga a los otros extensos y exuberantes acuíferos de América Latina y el Caribe (Solís Sosa, 2023; Báez, 2009).¹⁹

¹⁷ Sobre la errancia, Ette y Eljach analizan, especialmente, la figura de la isla-casa como configuración fractal.

¹⁸ Hay muchas definiciones del término acuífero, según se prioricen las formaciones rocosas porosas, el agua que las permea o la noción de aprovechamiento, que les otorga la cualidad de “reservorios”, según las disciplinas desde las que se elaboren. Ninguna definición está despojada de valoraciones. “Los Acuíferos se definen como ‘formación geológica de la corteza terrestre en la que se acumula agua proveniente de la superficie o de la condensación del vapor de agua interior’. La Resolución 63/124 de la Asamblea General [de la Organización de Naciones Unidas] establece: a) se entiende por ‘acuífero’ una formación geológica permeable portadora de agua, situada sobre una capa menos permeable, y el agua contenida en la zona saturada de la formación; b) se entiende por ‘sistema acuífero’ una serie de dos o más acuíferos que estén conectados hidráulicamente; c) se entiende por ‘acuífero transfronterizo’ o ‘sistema acuífero transfronterizo’, respectivamente, un acuífero o sistema acuífero que tenga partes situadas en distintos Estados” (Sartori, 2011, p. 2). Elaboramos en el texto de este apartado, en consecuencia, nuestra definición, apoyándonos en la referencia jurídica anterior sin negar su contenido político. El acuífero es una cuenca subterránea y como tal archipiélago de tierras y aguas en profunda conexión.

¹⁹ Los acuíferos más importantes de América Latina conectan subterráneamente casi todo el territorio continental. El acuífero Gran Amazonía, a través del acuífero Pantanal, se conecta con el acuífero Guaraní, que se extiende por todo el territorio del sur de Brasil, parte de Paraguay, de Uruguay y de Argentina, zona que otrora fuera asiento de la gran nación guaraní, de allí su nombre. Para ver la localización en el mapa de los acuíferos transfronterizos sugiero: https://aquabook.irrigacion.gov.ar/414_0

El acuífero es, también, fractal. Sobre todo, el agua es el elemento, el gran tópico y problema por excelencia de nuestra era, la del Antropoceno, del Chtuluceno o del Plantacionoceno (HARAWAY, 2019). La posibilidad de su usufructo y explotación desde la lógica extractiva es completa y subsumible a ella totalmente. En efecto, el extractivismo es la máquina por excelencia que convierte el mundo, la naturaleza y la cultura –inescindibles– en recursos y activos económicos.

Existe, en el desarrollo de su ensayo sobre la Amazonía, desde nuestra perspectiva, un capítulo fundamental, el III, sobre las “Voces del seringal”, que sugiere, si ponemos atención a este subtexto que referimos, el vínculo entre Caribe y Amazonía como zonas de extracción. Es decir, si Pizarro refiere al sistema de la plantación en el texto de 2002, en el de 2009 el sistema del *seringal* ofrece la continuidad de esa misma estructura de opresión colonial y feudal, organizada por “señores” y “coroneles” (los barones del caucho) y articulada al sistema capitalista mundial, vertebradora de la experiencia de *modernización, desarrollo y progreso* en América Latina. El extractivismo en el Caribe *alimentó, endulzó y estimuló* a Europa entre el azúcar y el tabaco (Ortiz, 1978); en la Amazonía, el extractivismo *movilizó* la industria y el transporte europeos y norteamericanos con el caucho, al que se agregarán más tarde el agronegocio (vehiculizado, sobre todo, a través del monocultivo), la explotación de combustible fósil (incluyendo la vasta área amazónica) y las diferentes olas de extracción aurífera y de otros metales.

Considerando ese acuífero gran-amazónico, podríamos decir que existe una semejanza entre las aguas y los territorios submarinos y subfluviales, entre el archipiélago y el acuífero, y esa semejanza no es sólo por coincidencia, en el sentido de *azar*, sino coincidencia en el sentido de *simultánea doble incidencia* (allí y aquí) de una matriz colonial, una economía de plantación, sobre la que se sostiene la estructura y el proyecto extractivista, que se extendió desde sus comienzos hasta São Luis do Maranhão (con el cultivo intensivo de caña de azúcar y de algodón, que requería la previa deforestación y un uso excesivo del agua en su procesamiento), basado en la trata de esclavos africanos e indígenas. Un poco más tarde, desde mediados del siglo XIX, se instaló, con parámetros semejantes, la explotación del caucho, *seringa* o *borracha*, que significaba un régimen de esclavitud “voluntaria”, en que se empleó, también, a miles de nordestinos migrantes, reclutados y engañados por los *mirajes* del “oro blanco”. El régimen del seringal se articulaba en base a la *deuda*, en este sentido, si bien se liga a la extracción “literal”,²⁰ de ese “don de la naturaleza”, es posible establecer un parentesco con las operaciones extractivas contemporáneas como su proto-forma.

La explotación del caucho/*borracha*, al que Pizarro dedica el tercer capítulo de su libro sobre la Amazonía, que resultó en ríos de sangre²¹ y ríos de tinta,²² no fue, sin embargo, la única “industria extractiva”, como se denominaba entonces, sino la más intensiva en ese entonces y cuyo

²⁰ El extractivismo literal está conformado por aquellas actividades y máquinas de extracción de la naturaleza para convertirla en recursos y activos económicos. Es literal en la medida en que se extraen materias/materialidades. El extractivismo, como definimos al comienzo de este artículo, es más amplio aún e integra otras dimensiones menos visibles o invisibilizadas como son: la fuerza de trabajo, la organización de un sistema financiero basado en la deuda (individual y, también, estatal), una antropología y una teología de la necesidad (Castro, 2019, p. 18). Sugerimos el sistema del seringal como proto-forma de las operaciones extractivas contemporáneas puesto que el régimen de la deuda, que instaura entre el trabajador/seringueiro y el barón, es paralelo a la economía financiarizada del mundo global en el que el trabajador se endeuda para subsistir en una espiral que sólo le permite ser para el engranaje del trabajo (a menudo informal) y según una insuficiencia de necesidades. Retomamos, en este punto, la compleja articulación que proponen Gago y Mezzadra (2015) entre la lógica extractiva y la lógica financiera, donde “lo novedoso es que el prototipo financiero permite una relación directa entre el capital y la extracción de valor, produciendo la imagen de un fin de las mediaciones y hasta de una producción de dinero a través del dinero que no necesitaría pasar por una relación social con el otro del capital: es decir, para retomar una categoría de Marx, con el ‘trabajo vivo’” (p. 51).

²¹ El barón del caucho más conocido, y sobre el que Pizarro se expresa, fue Julio César Arana, cuya área se extendía en el Putumayo, en Perú. Allí se practicaron abominables crímenes contra indígenas, sometidos en este régimen, configurando un gran genocidio de comunidades nativas y sobre el cual investigaron algunos intelectuales de la época.

²² Me refiero especialmente al informe de Roger Casement, enviado por Inglaterra para investigar el genocidio en Putumayo e intervenir diplomáticamente. Sobre estos temas, tanto en territorio brasileño como en el peruano también imprimió su tinta Euclides da Cunha quien, como jefe de la Comisión Mixta de demarcación entre ambas naciones, conoció de primera mano la realidad de los trabajadores del caucho. Da Cunha escribió varios artículos al respecto y, también, una obra inconclusa, publicada póstumamente como *A margem da história* (1909).

auge aseguró la modernización precoz de Manaus y Belém, antes incluso que Rio de Janeiro o São Paulo.

La del caucho promovió una economía extractiva, tanto por los volúmenes de material exportado como por el caudal monetario involucrado que alimentó no sólo la industria automotriz sino el incipiente mercado financiero o de valores, la Bolsa de Wall Street. Significó el enriquecimiento de los barones –tal como en el caso de los plantócratas– y les aseguró un poder para-estatal o sobre-estatal, en un período en que el Estado era una noción endeble y escurridiza, poco materializada en el norte y oeste, en el caso brasileño y peruano, zonas distantes de los centros políticos de las recientemente creadas naciones.

El boom del caucho y la *belle époque*, a fines del siglo XIX, inauguraron, como *abre-asas*, todas las actividades extractivas posteriores que asolan esta gran área cultural: más recientemente, el *garimpo*, la exploración y explotación minera aurífera, la ganadería intensiva, la codicia exótica por “recursos naturales” obtenidos de la selva como la guaraná, el açai, las diversas especies de palmeras, la manteca de tortuga, además de las maderas y árboles medicinales. Es por ello que Eliane Brum, periodista e investigadora de la Amazonía, a cargo del proyecto *Sumaúma*, se refiere a la Amazonía como *centro del mundo*.²³

Existe, entre el Caribe y la Amazonía, además, una semejanza por contacto –ya no sólo coincidencia: es decir, una serie de tránsitos, vínculos y circulaciones entre escritores, intelectuales, artistas o subjetividades entre ambas áreas culturales, cuyos casos y elaboraciones cabría explorar en detalle a futuro. Dadas las limitaciones de este texto, mencionamos sólo un caso de quien, a la manera de Martí, circuló por gran parte de América Latina y también anglosajona. De su tránsito incesante deriva su obra inacabada *O Guesa*. Nos referimos a Joaquim de Sousa Andrade o Sousândrade,²⁴ quien en esas páginas dedica algunas estrofas al mar Caribe y a las Antillas, durante su viaje hacia su posterior asiento en Manhattan.

El canto VII de esa extensa obra relata el paso del personaje Guesa por África (Senegambia) y luego de una breve parada en Europa, de apenas cuatro versos, un recorrido por las Antillas (canto IX), para luego continuar brevemente por México y, finalmente, llegar a Estados Unidos. Se mencionan algunas naciones caribeñas y se describen las preciosidades de las islas: “Quão bela a barlavento a Martinica!” (p. 170), “Lá, Guadalupe a antiga cidadela/Do Cariba feroz, à matinada/Espumando o arquipélago, da estrela/A luz, cerúlea a noite scintillada” (p. 172). Se hace mención a Cuba, la “pérola insular” y finalmente, se cierra con una mención a las Antillas como “jardins dos mares/Onde houve berço a geração moderna” (Sousândrade, 1888, p. 173). También recorre La Española (Haití y República Dominicana) y reflexiona sobre la historia de la esclavización y la revolución haitiana: “Essa ideia que França destruiu/Realizou-a o negro do Haiti”. Refiere, asimismo, la opresión de la Habana, aún en manos españolas (recordemos que la obra

²³ Eliane Brum se refiere a la Amazonía como *centro del mundo* tanto en su proyecto periodístico situado, desde Altamira (Brasil), como en su libro (2019). La Amazonía como *centro del mundo* se refiere a su centralidad en relación con las urgencias de la crisis civilizatoria y ecológica actual. Sobre todo, porque en ella se escenifican todas las guerras de este mundo y, al mismo tiempo, todas las posibilidades de vida y de muchos mundos posibles. El de Brum, junto al de Viveiros de Castro, Davi Kopenawa y Ailton Krenak, en términos diferentes, son los proyectos militantes (en sentido de reflexión y acción) con mayor visibilidad internacional que proponen el enclave de la floresta amazónica como un nuevo materialismo y una nueva inmanencia puesto que no hay afuera ni adentro, y que expone la urgencia de un viraje, de una nueva mirada y otra cosmopolítica, en la crisis planetaria actual.

²⁴ Joaquim de Sousa Andrade o Sousândrade, como firmaba sus obras, es un escritor brasileño, nacido en São Luís do Maranhão. Romántico vanguardista, como lo enuncian los hermanos Campos y Campos (2002), inauguró un nuevo campo de visión (Costa Lima, 2002) y experimentación para la poesía brasileña que antecede a las exploraciones del modernismo brasileño. Sousândrade, además de viajero errante, que había estudiado en París y se afincó en Nueva York por una década, vinculado al periódico *O Novo Mundo*, compondrá esta gran obra épica (Lobo, 2005) a lo largo de toda su vida, marcando algunos cantos con fechas específicas, reescribiéndola, publicando trechos. Aquí colocamos el año de 1888, última edición –londinense– de la obra.

se empieza a escribir en 1856 aproximadamente y la última edición es de 1888).

En el famoso canto X, conocido como el infierno de Wall Street, el poeta marañense critica el abismo social que comenzaba a delinearse a causa de la concentración de riqueza en manos de una minoría que lucraba con los negocios en la bolsa de valores, al tiempo que los trabajadores eran subyugados por los *robber barons* que, en un juego con el canto II del poema, cuya territorialidad es la Amazonía brasileña (especialmente el río Solimões, el Amazonas, el estado de Pará y las referencias a las comunidades ribereñas) son asimismo los *rubber barons*, es decir, los barones del caucho.

A partir de la mención de este caso literario, sostenemos que esa semejanza por contacto, al decir de Didi-Huberman (2006),²⁵ entre Caribe y Amazonía, se produce gracias a la metáfora del acuífero que liga territorialidades continentales e insulares en el desplazamiento subterráneo de las aguas. El acuífero, a menudo definido como reservorio de agua dulce (Solís Sosa, 2023; Sartori, 2011; ONU, 2008; Mengo, 2004) delata la continuidad entre una y otra territorialidad del proyecto extractivista cuyos enclaves más recientes tienen en la mira esas “reservas de agua”, también llamadas “aguas fósiles”, en torno a las cuales se leen inminentes debates y conflictos. Entre Caribe y Amazonía se evidencia un extractivismo en acto, que se sostiene, asimismo, en la espectralización, es decir, el sometimiento sostenido de comunidades y sujetos a un régimen de *nuda vida*, que los considera apenas en cuanto “brazos” de trabajo, y los convierte en sombras, espectros próximos a la muerte o muertos-vivos. En la obra de Sousândrade esto puede leerse como una crítica al sometimiento de las comunidades indígenas a partir de esa interacción entre los cantos X y II de *O Guesa*.²⁶

Para finalizar, quisiéramos sugerir, una contracara, otras circulaciones y desplazamientos entre archipiélago y cuenca a través del acuífero,²⁷ y que remiten a otras posibilidades, a subversiones que invitan a la construcción de otros mundos. Nos referimos a las *potencias de afectación*, por contagio *con* y *por* esas territorialidades y sus comunidades profundamente disidentes del ordenamiento occidental. Cuando las fibras de la subjetividad se dejan tocar por la singularidad de las experiencias con ese substrato, –con lo submarino o subfluvial, metafóricamente– de esas áreas culturales, con lo subterráneo en el sentido de aquello que la episteme moderna y occidental pretende “enterrar”, se trastocan conceptos y se abren otras posibilidades. Ese es el archivo que está aún por explorar: es el de los *quilombolas* en la Amazonía, el de la revuelta de los *Cabanos* (*Cabanagem*), el trastocamiento fundamental que experimentaron ciertos viajeros, exploradores e intelectuales como el conde Ermanno Stradelli o Mario de Andrade, *encantados* por la Amazonía.²⁸ Esos viajeros que transitaron la territorialidad amazónica, tal vez emprendieron sus empresas con la secreta o expresa vocación colonial, exploratoria, describiendo hallazgos curiosos, geografías

²⁵ La semejanza por contacto (Didi Huberman, 2006) presenta una dinámica de la huella, el resto o el vestigio. Así como el sello sobre una materia deja una impresión que adquiere su forma en negativo, como pie y huella, la semejanza por contacto jamás es abstracta sino completa y profundamente singular, subjetiva y opera por contagio de una materialidad por otra, por el tránsito o la experiencia de una territorialidad.

²⁶ Esta lectura fue desarrollada y justificada en detalle en mi tesis doctoral, defendida en 2022, en la Universidad Nacional de Córdoba, titulada *Cartografías literarias: ficciones brasileñas de la Amazonía*. En ella propongo, a partir de las sucesivas reescrituras de los cantos de *O Guesa*, la lectura invertida del canto X a partir y en relación con el canto II, que ofrece la imagen abismal del capitalismo de Wall Street, el cual se sostiene en la explotación de las comunidades amazónicas sometidas al sistema extractivista del *seringal* y sus modulaciones. Allí desarrollo la importancia de la Exposición Universal de Filadelfia para esta elaboración y, también, para el concepto de espectralización, una variante de la fantasmagoría benjaminiana.

²⁷ En el término acuífero, como dijimos, resuena un sistema que es mucho más complejo y aún mucho más diverso de lo que se muestra a nivel superficial. Por lo tanto, también puede referirse como metáfora crítica a la diversidad de modos de existencia entre el archipiélago y la cuenca, a la diversificación de posibilidades de convivencia y de devenires que esas territorialidades expresan. Todo aquello que las hegemonías (nacionales y transnacionales) pretenden invisibilizar y silenciar.

²⁸ Estos autores y los vínculos entre ellos fueron abordados en la segunda parte de mi tesis doctoral, en la que

inhóspitas por domeñar, comunidades que poner al servicio de la extracción o el “aprovechamiento” de recursos. Sin embargo, el tránsito frecuente, la apertura, el contacto sostenido con esos modos de vida acabó por impregnar y trastocar esas subjetividades, *encantadas* y seducidas por múltiples *Iaras*, transformando sus vidas y contagiando sus maneras de mirar, oír y concebir el mundo. Es decir, ese tránsito se convirtió en una experiencia ontológica radical, experiencia que se aproxima a la noción agambeniana de aventura (Agamben, 2015), diferente de la noción robinsoniana, llanamente capitalista.

Exhumar ese archivo entre el archipiélago y la cuenca, circular esos acuíferos, entra en sintonía con la propuesta de Ette y Eljach para el Caribe y que se extrapola explícitamente aquí a la Amazonía. Se enriquecería de este modo la propuesta del latinoamericanismo crítico, al que se liga el proyecto pizarreano, que ella sugiere y nos cabe indagar como legado.

Es por ello que, a partir de estas territorialidades, se vuelve fundamentalmente necesario mirar esos mundos más allá de las utopías, como complejos saberes sobre vivir y saber sobrevivir (Ette; Eljach, 2004), sostenidos en experiencias de pluralidad heterotópica, archipiélagos y cuencas, “reservorios” de aguas, que encarnan pluralidad de islas y continentes, pluralidades de mundos. El contacto, el contagio y el trastocamiento son las agencias con que la metáfora del acuífero instaura zonas liminales, potentes territorialidades fractales, que discuten las de la frontera y el límite, y que exhumadas, desarchivados en sus casos y singularidades, asedian a las territorialidades homogéneas del capitalismo neoliberal, viralizando *otros encantamientos y seducciones de mundos posibles*.

Referencias

KOPENAWA, Davi. *A queda do céu*. Palavras de um xamã yanomami. São Paulo: Companhia das Letras, 2015.

SOUSÂNDRADE, Joaquim de. *O Guesa*. Londres: Printed by Cooke & Halsted, 1888. Disponible en: http://objdigital.bn.br/objdigital2/acervo_digital/div_obrasraras/or1409884/or1409884.pdf. Consultado el 03/11/2024.

ANTONELLI, Mirta Alejandra. Megaminería transnacional e invención del mundo cantera. *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, n. 252, p. 72-86, jul./ago. 2014.

BÁEZ, Patricia. *Acuífero Guaraní. Entre discursos de amenazas y peligros de apropiación*. Ponencia. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009.

enfoqué en escritos y fotografías de Ermanno Stradelli, en el marco de dispositivos exhibitivos de museos y ferias, y propuse una genealogía que emparenta sus impresiones con las de Mário de Andrade, en *O turista aprendiz*. Especialmente abordé el modo en que configuran imágenes de la Amazonía que disponen otro modo de ver, sentir, vincularse con la territorialidad en virtud de la experiencia de su tránsito y sus huellas sensibles, diferente al propuesto por el Estado nacional; dan lugar a lo ausente, oculto e invisibilizado por las imágenes de la Amazonía ligadas al *nomos* estatal en su forma Imperio o República y que se articulaba y comunicaba sobre todo a través del dispositivo exhibitivo de ferias y museos.

BRUM, Eliane. *Banzeiro Òkòtò: Uma viagem a Amazonia Centro Do Mundo*. São Paulo, Companhia das Letras, 2019.

CALOMARDE, Nancy. El giro territorial. Acerca de algunas relaciones entre territorialidad y escritura, en *Sujetos, territorios e identidades en tránsito. Giros transnacionales en la cultura hispánica contemporánea. Nuevo Texto Crítico*, v. 28, n. 52, p. 256-281, 2019.

CAMPOS, Haroldo de; CAMPOS, Andrade. *Revisão de Sousândrade*. São Paulo: Perspectiva, 2002.

CASTRO, Viveiros de. *Cosmopolítica. Desarrollo, etnocidio y suficiencia intensiva*. Córdoba: FFyH- La Sofía Cartonera, 2019.

CORNEJO POLAR, Antonio. Mestizaje, transculturación, heterogeneidad. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 40, p. 368-371, 1994.

COSTA LIMA, Luiz. O campo visual de uma experiência antecipadora: Sousândrade. In: CAMPOS, Haroldo de; CAMPOS, Andrade. *Revisão de Sousândrade*. São Paulo: Perspectiva, 2002. p. 75-87.

DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2006.

DiCYT. La Amazonía tiene “un océano subterráneo”. Portal de la Agencia Iberoamericana para la difusión de la ciencia y la tecnología, Brasil, 11 sept. 2014. Disponible en: <https://www.dicyt.com/noticias/la-amazonia-tiene-un-oceano-subterraneo>. Consultado el 20/11/2024.

ETTE, Ottmar; ELJACH, Álvaro. De islas, fronteras y vectores. Ensayo sobre el mundo insular fractal del Caribe. *Iberoamericana (2001-)*, v. 4, n. 16, p. 129-143, 2004. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/41675606>. Consultado el 20/11/2024.

GAGO, Verónica; MEZZADRA, Sandro. Para una crítica de las operaciones extractivas del capital Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización. *Revista Nueva Sociedad*, n. 255, enero-febrero 2015.

GÓMEZ, Facundo. Entre el comparatismo y el latinoamericanismo: debates en torno a una posible historia de la literatura latinoamericana. *Revista ANALES*, v. 1, n. 379, 2021.

GUDYNAS, Eduardo. Las narrativas que construyen un sentido común extractivista. In: CASTRO, Edna (org.). *Pensamento crítico latino-americano. Reflexões sobre políticas e fronteiras*. São Paulo: Annablume, 2019. p. 109-129.

HOBSBAWM, Eric. *La era del imperio. 1875-1914*. Buenos Aires: Crítica, 2009.

KRENAK, Ailton. O eterno retorno do encontro. *In: NOVAES, A. A outra margem do ocidente*. São Paulo: Companhia das Letras, 1999. p. 23-31.

LOBO, Luiza. *Épica e Modernidade em Sousândrade*. Rio de Janeiro: 7letras, 2005.

MAÍZ, Claudio. Entrevista con Ana Pizarro: Las redes de la crítica literaria y la gestación del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana. *Cuadernos del CILHA*, v. 14, n. 1, 2013.

MENGO, Renee Isabel. *Latinoamérica y el agua potable: poder en el presente, dominio en el futuro. El caso del Acuífero Guaraní*. Fundació Càtedra Iberomericana a la Universitat de les Illes Balears, p. 1-16, 2004.

ONU. Resolución 63/124. El derecho de los acuíferos transfronterizos, 2008. Disponible en: https://digitallibrary.un.org/record/643188/files/A_RES_63_124-ES.pdf. Consultado el 20/11/2024.

ORTIZ, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

PATINÑO, Roxana. Debates teóricos en torno a la literatura latinoamericana: el surgimiento de un nuevo proyecto crítico (1975-1985). *Orbis Tertius*, v. 11, n.12, ISSN 1851-7811, 2006. Disponible en: <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar>. Consultado el 20/11/2024.

PIZARRO, Ana (ed.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.

PIZARRO, Ana. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar, 1987.

PIZARRO, Ana. *A situação colonial*. São Paulo: Memorial de América Latina; Editora de Unicamp, 1993.

PIZARRO, Ana. *Emancipação do discurso*. São Paulo: Memorial de América Latina; Editora de Unicamp, 1994.

PIZARRO, Ana. *Vanguardia e Modernidade*. São Paulo: Memorial de América Latina; Editora de Unicamp, 1995.

PIZARRO, Ana (comp.). *El archipiélago de fronteras externas. Culturas del Caribe hoy*. Santiago: Universidad de Santiago de Chile, 2002.

PIZARRO, Ana. El sur y los trópicos: ensayos de cultura latinoamericana. Prólogo de José Carlos Rovira. *Cuadernos de América sin nombre*, n. 10. Alicante: Universidad de Alicante, 2004. Disponible en: https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/6283/1/CuadernosASN_10.pdf. Consultado el 20/11/2024.

PIZARRO, Ana. *El río tiene voces*. Santiago de Chile: FCE, 2009.

PIZARRO, Ana. *América Latina: palabra, literatura y cultura*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Edición de Kindle, 2013.

PROGRAMA DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS – UNAJ. Simposio Internacional “A cuarenta años del encuentro de Campinas: la crítica literaria latinoamericana ante el desafío de la diversidad”. YouTube, 12 de septiembre de 2023. Disertan: Dra. Katia Ibarra (Universidad Autónoma Metropolitana) Dr. Diego Alejandro Zuluaga Quintero (Universidad de Antioquía) Comenta: Dra. Ana Pizarro Coordinan: Mag. Martín Sozzi (UNAJ / UBA / UNAHUR) Dr. Facundo Gómez (UNQ-CONICET). Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=X3atDOFRy9s&t=1397s>. Consultado el 20/11/2024.

SARTORI, Marta Susana. Acuífero Guaraní. Nuevo Acuerdo De Cooperación Internacional. *RECORDIP*, v. 1, n. 1, 2011. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/recordip/article/view/267>. Consultado el 20/11/2024.

SCHNIRMAJER, Ariela. “Prólogo” a Escenas norteamericanas y otros textos (selección, prólogo y notas de Ariela Schnirmajer). Buenos Aires: Corregidor, 2010.

SOLÍS SOSA, Ben. *Aguas subterráneas en América Latina y el Caribe: políticas y experiencias para la gestión y conservación de los acuíferos*. BID, 2023. Disponible en: <https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/Aguas-subterraneeas-en-America-Latina-y-el-Caribe-politicas-y-experiencias-para-la-gestion-y-conservacion-de-los-acuiferos.pdf> . Consultado el 20/11/2024.

SVAMPA, Maristella. *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. Buenos Aires: UNSAM Edita, 2019.

WARBURG, Aby. *La pervivencia de las imágenes*. CABA: Miluno, 2014.

WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y Literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.

ZANOTTI, Aymara Suyai. (Re)Pensando el concepto de territorialidad: Una propuesta para la reflexión sobre su uso e implementación a partir de un caso de estudio. Ponencia. I Jornadas Platenses de Geografía, 17 al 19 de octubre de 2018, La Plata, Argentina. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Geografía. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.11325/ev.11325.pdf. Consultado el 20/11/2024.

Arquipélagos, bacias e aquíferos: o Caribe e a Amazonia na obra de Ana Pizarro

RESUMO:

*Este artigo se propõe analisar o fio que une dois livros de Ana Pizarro: *El archipiélago de fronteras externas* (2002) e *Amazonía: el río tiene voces* (2009). Para isso focamos nas categorias territoriais elaboradas pela autora: arquipélago, bacia e, mais ampla, a área cultural. A hipótese é que entre o arquipélago caribenho e a bacia amazônica se visibilizam as tramas de um projeto colonialista que oculta e espectraliza modos de vida dissidentes ou alternativos à ordem europeia-ocidental, um projeto tentacular de extração de “recursos naturais” e escravização de populações, para os quais o trânsito fluvial e marítimo é fundamental. Propomos que a ponte entre as categorias é a noção de aquífero. Finalmente, sugerimos que essas categorias territoriais permitem dar espaço a novos modos de vida e plurais mundos possíveis, a través das agências do contágio e do trastocamento, visando alguns casos.*

Palavras-chave: Ana Pizarro. Categorias territoriais. Extrativismo. Trastocamento.

Archipelagos, basins and aquifers: Caribe and Amazonia in Ana Pizarro's work

ABSTRACT:

*This paper analyzes the bow between two Ana Pizarro's books: *El archipiélago de fronteras externas* (2002) and *Amazonía: el río tiene voces* (2009), focusing on the territorial categories that the author elaborates: archipelago, basin and, wider, cultural area. The hypothesis is that the lattice of a colonialist project becomes visible when putting together the Caribbean archipelago and the Amazonian river basin. Such project conceals and spectralizes dissident or alternative ways of life to European-occidental models. It is a tentacle-like project aiming “natural resources” extraction and peoples' enslavement, in which maritime and fluvial transits are central. We propose that the link between categories is the notion of aquifer. Finally, we imply that these territorial categories create space for new ways of life and possible plural worlds, throughout contagion and disturbance agencies, and we name same cases.*

Keywords: Ana Pizarro. Territorial Categories. Extractivism. Disturbance.